

NOAM CHOMSKY (1928) es profesor emérito del Departamento de Lingüística y Filosofía del MIT. Se le atribuye el haber revolucionado el campo de la lingüística moderna. Ha sido activista político a lo largo de toda su vida y uno de los más influyentes críticos de la política exterior americana. Sus opiniones sobre el tema, así como su lúcida visión sobre los acontecimientos mundiales, son discutidas ampliamente por la comunidad internacional. Es asimismo autor de numerosas obras políticas de gran éxito, entre ellas bestsellers como *Hegemonía o supervivencia* (Ediciones B, 2004), la presente *Estados fallidos* (Ediciones B, 2007), *Ambiciones imperiales* (2005) *Lo que decimos se hace* (2007), *Esperanzas y realidades* (2010), *Razones para la anarquía* (2013) y *¿Quién domina el mundo?* (Ediciones B, 2016), entre otras.





Titulo original: *Failed States*

Traducción: Gabriel Dols

1.ª edición: junio, 2017

© 2006 by Harry Chomsky, as Trustee of Chomsky Grandchildren Nominee Trust

© Ediciones B, S. A., 2017

para el sello B de Bolsillo

Consell de Cent, 425-427 - 08009 Barcelona (España)

www.edicionesb.com

Printed in Spain

ISBN: 978-84-9070-382-3

DL B 8117-2017

Impreso por NOVOPRINT

Energía, 53

08740 Sant Andreu de la Barca - Barcelona

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en el ordenamiento jurídico, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del *copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

Estados fallidos

NOAM CHOMSKY





PREFACIO

La selección de temas que deberían ocupar un lugar destacado en el orden del día de la preocupación por el bienestar y los derechos humanos es, ni que decir tiene, un asunto subjetivo. Sin embargo, hay unas cuantas opciones que parecen inevitables, por lo directo de su impacto sobre las perspectivas de una supervivencia decente. Entre ellas se cuentan al menos estas tres: la guerra nuclear, el desastre medioambiental y el hecho de que el Gobierno de la primera potencia del mundo actúe de un modo que incrementa la probabilidad de dichas catástrofes. Es importante resaltar lo de «Gobierno», porque la población, como no es de extrañar, no está de acuerdo. Eso pone de manifiesto otro tema que debería suscitar una honda preocupación en los estadounidenses y el mundo: la acusada brecha entre opinión pública y política pública, una de las causas del miedo, que no puede obviarse como si tal cosa, a que «el “sistema” norteamericano en su conjunto se halle en auténtico peligro, a que se encamine en una dirección que augura el fin de sus valores históricos [de] igualdad, libertad y democracia efectiva».¹

El «sistema» está empezando a presentar algunos de los rasgos de los estados fallidos, por adoptar una noción de moda en la actualidad que por lo general se aplica a estados que se consideran potenciales amenazas para nuestra seguridad (como Irak) o necesitados de nuestra intervención para rescatar a la población de graves amenazas internas (como Haití). Aunque se reconoce que el concepto es «frustrantemente impreciso», es posible identificar varias de las características primarias de los estados fallidos. Una es la falta de capacidad o voluntad para proteger a sus ciudadanos de la violencia

y tal vez incluso la destrucción. Otra es su tendencia a considerarse más allá del alcance del derecho nacional o internacional, y por tanto libres para perpetrar agresiones y violencia. Además, si tienen forma democrática, padecen un grave «déficit democrático» que priva a sus instituciones formales de auténtica sustancia.²

Una de las tareas más arduas que puede acometer nadie, y de las más importantes, es mirarse en el espejo con honestidad. Si lo hacemos, no debería costarnos encontrar las características de los «estados fallidos» en nuestra propia casa. Reconocer esa realidad debería inspirar una profunda preocupación en todos aquellos a quienes importan sus países y las generaciones venideras. «Países», en plural, por el enorme alcance del poder de Estados Unidos, pero también porque las amenazas no están localizadas en el espacio o el tiempo.

La primera mitad de este libro está dedicada ante todo a la creciente amenaza de destrucción causada por el poder estatal norteamericano, en contravención del derecho internacional, un tema de particular inquietud para los ciudadanos de la potencia mundial dominante, con independencia de cómo se evalúen las amenazas relevantes. La segunda mitad trata sobre todo de las instituciones democráticas, de cómo las concibe la cultura de la elite y cómo funcionan en la realidad, tanto «fomentando la democracia» en el extranjero como dándole forma en casa.

Los temas poseen una estrecha interrelación, y surgen en varios contextos. Al comentarlos, para ahorrar un exceso de notas omitiré las fuentes cuando sean fáciles de encontrar en libros míos recientes.³

DESCARNADA, ESPANTOSA E INELUDIBLE

Hace medio siglo, en julio de 1955, Bertrand Russell y Albert Einstein hicieron público un extraordinario llamamiento a los habitantes del mundo, en el que les pedían que «dejaran de lado» el furor que les inspiraban muchos temas y se considerasen «meros miembros de una especie biológica que ha tenido una historia extraordinaria, y cuya desaparición ninguno podemos desear». La alternativa que se le plantea al mundo era «descarnada, espantosa e ineludible: ¿pondremos fin a la raza humana, o renunciará la humanidad a la guerra?». ¹

El mundo no ha renunciado a la guerra. Todo lo contrario. A estas alturas, la potencia mundial hegemónica se arroga el derecho de librar la guerra a su voluntad, bajo una doctrina de «legítima defensa anticipatoria» sin límites declarados. El derecho internacional, los tratados y las reglas de orden mundial se imponen a los demás con severidad y grandes aspavientos de superioridad moral, pero se descartan como irrelevantes para Estados Unidos, una práctica con mucha historia que las Administraciones Reagan y Bush II han llevado a nuevas cotas. ²

Entre las más elementales de las obviedades morales se encuentra el principio de la universalidad: debemos aplicarnos las mismas normas que a los demás, cuando no unas más férreas. Dice mucho de la cultura intelectual de Occidente el que este principio se pase por alto con tanta frecuencia y que, si alguna vez se menciona, se condene como indignante. Resulta especialmente vergonzoso en aquellos que se jactan de su devoción cristiana, y en consecuencia es probable que al menos hayan oído hablar de la definición del hipócrita de los Evangelios. ³

Amparándose en exclusiva en una retórica elevada, los comentaristas nos instan a apreciar la sinceridad de las profesiones de «claridad moral» e «idealismo» de la cúpula política. Por tomar apenas uno de los innumerables ejemplos, el conocido estudioso Philip Zelikow deduce «la nueva centralidad de los principios morales» en la Administración Bush de «la retórica de la Administración» y de un único hecho: la propuesta de aumentar la ayuda al desarrollo... hasta una fracción de la que aportan otros países ricos en proporción al volumen de sus economías.⁴

La retórica resulta en verdad impresionante. «Llevo en el alma este compromiso», declaró el presidente en marzo de 2002 cuando creó la Corporación para los Desafíos del Milenio con el fin de aumentar la financiación para combatir la pobreza en el mundo en vías de desarrollo. En 2005, la corporación borró la declaración de su página web después de que la Administración Bush redujera en miles de millones de dólares su presupuesto proyectado. Su director dimitió «tras no haber conseguido poner en marcha el programa», escribe el economista Jeffrey Sachs, después de no «desembolsar casi nada» de los diez mil millones de dólares prometidos en un principio. Entretanto, Bush rechazó una petición del primer ministro Tony Blair para doblar la ayuda a África, y expresó su voluntad de sumarse a otros países industriales en el recorte de la deuda africana impagable sólo si la ayuda se reducía en consonancia, maniobras que equivalen a «una condena a muerte para los más de seis millones de africanos que mueren al año por causas evitables y tratables», señala Sachs. Cuando el nuevo embajador de Bush, John Bolton, llegó a las Naciones Unidas poco antes de su cumbre de 2005, exigió de inmediato la eliminación de «todas las apariciones de la expresión “objetivos de desarrollo del milenio”» del documento que se había preparado con esmero, tras largas negociaciones, para afrontar «la pobreza, la discriminación sexual, el hambre, la educación primaria, la mortalidad infantil, la salud materna, el medio ambiente y las enfermedades».⁵

La retórica siempre es edificante, y nos conminan a admirar la sinceridad de quienes la producen, aun cuando actúan de modos que recuerdan la observación de Alexis de Tocqueville, cuando dijo que Estados Unidos era capaz de «exterminar la raza india [...] sin vulnerar un solo gran principio de moralidad a ojos del mundo».⁶

A menudo se acusa a las doctrinas imperantes de usar «un doble rasero». El término resulta engañoso. Es más preciso describirlo como un rasero único, claro e inconfundible, la vara de medir que Adam Smith calificó de «vil máxima de los amos de la humanidad: [...] Todo para nosotros, y nada para los demás». Han cambiado muchas cosas desde entonces, pero la vil máxima prospera.⁷

El rasero único está tan arraigado que pasa desapercibido. Tómese el «terror», el tema por excelencia de la actualidad. Existe un rasero único palmario: «su» terror contra nosotros y nuestros clientes es el mal definitivo, mientras que «nuestro» terror contra ellos no existe o, si existe, es del todo pertinente. Una muestra clara es la guerra terrorista de Washington contra Nicaragua en la década de 1980, un caso incontrovertible, al menos para quienes crean que el Tribunal Internacional de Justicia y el Consejo de Seguridad de la ONU —que condenaron ambos a Estados Unidos— tienen algo que decir en estos asuntos. El Departamento de Estado confirmó que las fuerzas dirigidas por Estados Unidos que atacaban Nicaragua desde bases norteamericanas en Honduras habían recibido autorización para actuar contra «objetivos blandos», es decir, objetivos civiles indefensos. Una protesta de Americas Watch suscitó una cortante respuesta por parte de un respetado portavoz de «la izquierda», el director de *The New Republic*, Michael Kinsley, quien pacientemente explicó que los ataques terroristas a blancos civiles debían evaluarse con criterios pragmáticos: una «política sensata [debería] superar la prueba del análisis coste-beneficio» en el sentido de «la cantidad de sangre y miseria que se derramará, y la probabilidad de que surja la democracia al final del camino»; «democracia» tal y como la definían las elites estadounidenses, claro está.⁸

Las premisas siguen más allá del debate, incluso de la percepción. En 2005, la prensa informó de que la Administración Bush afrontaba un serio «dilema»: Venezuela quería la extradición de uno de los terroristas latinoamericanos más conocidos, Luis Posada Carriles, para juzgarlo por el atentado contra un avión de pasajeros de la aerolínea cubana en el que murieron setenta y tres personas. Los cargos eran creíbles, pero existía una auténtica dificultad. Cuando Posada escapó de una cárcel venezolana, «fue contratado por agentes secretos estadounidenses para que dirigiera el operativo de reabastecimiento para la Contra nicaragüense desde El Salvador», es decir, para

que desempeñara un papel destacado en la guerra terrorista de Washington contra Nicaragua. De ahí el dilema: «Extraditarlo para su juicio podría transmitir a los agentes secretos extranjeros la preocupante señal de que no podían contar con la protección incondicional del Gobierno de Estados Unidos, y podría exponer a la CIA a embarazosas revelaciones públicas de un ex empleado.» La incapacidad para percibir que tal vez falle algo en todo esto viene a ser un requisito de admisión en la sociedad de los intelectuales respetables.⁹

Al mismo tiempo que Venezuela presentaba su solicitud, el Senado y la Cámara de Representantes aprobaron por abrumadora mayoría un proyecto de ley que prohibía la ayuda estadounidense a países que denegaran peticiones de extradición, peticiones de Estados Unidos, se entiende. La habitual negativa de Washington a satisfacer las solicitudes de otros países que buscaban la extradición de destacados terroristas no mereció ningún comentario, aunque se expresó cierta preocupación acerca de la teórica posibilidad de que el proyecto de ley prohibiera la ayuda a Israel, a causa de su negativa a extraditar a un hombre acusado de «un brutal asesinato en Maryland en 1997, que había huido a Israel y solicitado la ciudadanía a través de su padre».¹⁰

Al menos por el momento, el dilema de Posada lo resolvieron, oportunamente, los tribunales, que rechazaron la petición venezolana, en contravención de un tratado de extradición Estados Unidos-Venezuela. Un día después, el director del FBI, Robert Mueller, instó a Europa a acelerar las solicitudes de extradición estadounidenses: «Siempre estamos buscando maneras de hacer que el proceso de extradición vaya más rápido —dijo—. Creemos que les debemos a las víctimas del terrorismo procurar que la justicia se cumpla de forma eficaz y efectiva.» En la Cumbre Iberoamericana que se celebró al cabo de poco, los dirigentes de España y los países de Latinoamérica «respaldaron los esfuerzos de Venezuela por conseguir la extradición [de Posada] de Estados Unidos para someterlo a juicio» por el atentado contra el avión de Cubana, pero luego se echaron atrás cuando la embajada estadounidense protestó por esa acción. Washington no sólo rechaza, o simplemente desoye, las peticiones de extradición de terroristas. Bush I indultó a Orlando Bosch, un conocido terrorista internacional y asociado de Posada,

a pesar de las objeciones del Departamento de Justicia, que pedía su deportación por suponer una amenaza a la seguridad nacional. Bosch reside sano y salvo en Estados Unidos, donde es posible que se le una Posada, en comunidades que siguen sirviendo de base para el terrorismo internacional.¹¹

Nadie sería tan vulgar como para sugerir que debería someterse a bombardeos e invasión a Estados Unidos en cumplimiento de la doctrina Bush II según la cual «quienes cobijan a terroristas son tan culpables como los propios terroristas», anunciada cuando el Gobierno de Afganistán solicitó pruebas antes de entregar a Estados Unidos a personas acusadas de terrorismo (sin fundamentos creíbles, como más tarde reconocería Robert Mueller). La doctrina Bush se ha «convertido ya en una regla de facto de las relaciones internacionales», escribe el especialista de Harvard Graham Allison: revoca «la soberanía de los estados que ofrecen refugio sagrado a los terroristas». De algunos estados, se entiende, gracias a la exención que concede el rasero único.¹²

El rasero único también se hace extensivo a las armas y demás medios de destrucción. Los gastos militares de Estados Unidos se acercan a los del resto del mundo juntos, mientras que las ventas de armas de treinta y ocho empresas norteamericanas (una de las cuales está domiciliada en Canadá) ascienden a más del 60 por ciento del total mundial. Además, para la potencia dominante del planeta, los medios de destrucción tienen pocos límites. Articulando lo que ya sabían quienes desean ver, el destacado analista militar israelí Reuven Pedatzur escribe que «en la era de una única e implacable superpotencia, cuyos dirigentes pretenden configurar el mundo de acuerdo con su imperiosa visión mundial, las armas nucleares se han convertido en un instrumento atractivo para hacer la guerra, incluso contra enemigos que no las poseen».¹³

Cuando le preguntaron por qué «Estados Unidos debía gastar una fortuna en armas y China contenerse», Max Boot, miembro decano del Consejo de Relaciones Exteriores, ofreció una sencilla respuesta: «nosotros garantizamos la seguridad del mundo, protegemos a nuestros aliados, mantenemos abiertas las vías marítimas críticas y encabezamos la guerra contra el terror», mientras que China amenaza a los demás y «podría disparar una carrera armamentística», acciones inconcebibles para Estados Unidos. Desde

luego, nadie que no fuera un enloquecido «teórico de la conspiración» podría mencionar que Estados Unidos controla las vías marítimas con miras a los objetivos de su política exterior, no en beneficio de todos, o que gran parte del mundo considera Washington (en particular desde el inicio de la presidencia de Bush II) como la principal amenaza para la seguridad mundial. Encuestas globales recientes revelan que Francia «transmite la extendida impresión de ejercer una influencia positiva en el mundo», junto con Europa en general y China, mientras que «los países a los que más se percibe como una influencia negativa son Estados Unidos y Rusia». Sin embargo, una vez más existe una explicación sencilla. Las encuestas sólo demuestran que el mundo se equivoca. Como Boot ha explicado en otras fuentes, Europa «a menudo ha actuado movida por la avaricia» y los «cínicos europeos» no pueden comprender la «veta de idealismo» que anima la política exterior estadounidense. «Después de 200 años, Europa todavía no ha entendido lo que espolea a Estados Unidos.» Otros comparten esas carencias mentales, en particular los más cercanos, que tienen una considerable experiencia y por tanto van especialmente desencaminados. De los países encuestados, México figura entre los «más negativos» sobre el papel de Estados Unidos en el mundo.¹⁴

El transcurso y resultado de la revisión de mayo de 2005 del Tratado de No Proliferación (TNP), al que regresaremos, ilustra la gravedad de nuestra responsabilidad por la persistencia —y el aumento— de graves amenazas para nuestra especie en peligro. Una de las principales preocupaciones de los participantes en la conferencia del TNP fue la voluntad de Washington de «retirar los frenos nucleares», lo que suponía «dar un gran —y peligroso— paso que conducirá a la transformación de la bomba nuclear en un arma legítima para hacer la guerra». Las potenciales consecuencias no podrían ser más descarnadas.¹⁵

ARRIESGARSE A LA FATALIDAD DEFINITIVA

El riesgo de destrucción nuclear resaltado por Russell y Einstein no es abstracto. Ya nos hemos acercado hasta el borde de la guerra nuclear. El caso más conocido es el de la crisis de los misiles

cubanos de octubre de 1962, cuando nuestra salvación del «olvido nuclear» fue poco menos que «milagrosa», concluyen dos destacados investigadores. En una conferencia retrospectiva celebrada en La Habana en 2002, el historiador y asesor de Kennedy, Arthur Schlesinger, describió la crisis como «el momento más peligroso de la historia humana». Los participantes en la conferencia descubrieron que los peligros habían sido más graves incluso de lo que creían. Se enteraron de que el mundo estuvo «a una palabra de distancia» del primer uso de un arma nuclear desde Nagasaki, como informó Thomas Blanton, del Archivo de Seguridad Nacional, que ayudó a organizar la conferencia. Se refería a la intervención de un comandante de submarino ruso, Vasili Arjipov, que contrarió una orden de disparar torpedos de carga nuclear cuando sus embarcaciones se hallaban bajo ataque de los destructores estadounidenses, con consecuencias que podrían haber sido escalofriantes.¹⁶

Entre los planificadores de alto nivel que asistieron a la retrospectiva de La Habana se encontraba el secretario de Defensa de Kennedy, Robert McNamara, quien recordó en 2005 que el mundo había llegado a estar «a un pelo del desastre nuclear» durante la crisis de los misiles. Acompañó su recordatorio con una renovada advertencia de «Apocalipsis pronto», y describió «la actual política de armas nucleares de Estados Unidos como inmoral, ilegal, militarmente innecesaria y atrozmente peligrosa». Esa política crea «riesgos innecesarios para las demás naciones y la nuestra» (tanto el riesgo de «lanzamiento nuclear accidental o involuntario», que es «inaceptablemente elevado», como el de un ataque nuclear por parte de terroristas). McNamara refrendó el juicio del secretario de Defensa de Clinton, William Perry, de que «existe una probabilidad superior al 50 por ciento de un ataque nuclear contra blancos estadounidenses en menos de una década».¹⁷

Graham Allison informa de que el «consenso en la comunidad de la seguridad nacional» es que un ataque mediante «bomba sucia» es «inevitable», mientras que un ataque con arma nuclear es altamente probable a menos que se retire de la circulación y se aseguren los materiales fisibles, que son el ingrediente esencial. Al revisar el éxito parcial de los esfuerzos por conseguirlo desde principios de los noventa, bajo las iniciativas de los senadores Sam Nunn y Richard Lugar, Allison describe el revés que han sufrido esos progra-

mas desde los primeros días de la Administración Bush. Los planificadores de Bush dejaron de lado los programas para impedir «el terror nuclear inevitable» mientras volcaban sus energías en llevar el país a la guerra y luego a los esfuerzos por contener de algún modo la catástrofe que crearon en Irak.¹⁸

En el boletín de la Academia Estadounidense de las Artes y las Ciencias, poco dado a la hipérbole, los analistas estratégicos John Steinbruner y Nancy Gallagher advierten que los programas militares de la Administración Bush y su postura agresiva conllevan «un riesgo apreciable de fatalidad definitiva». Los motivos no tienen vuelta de hoja. La búsqueda de la seguridad total por parte de un estado, que incluye el derecho a librar la guerra a voluntad y «retirar los frenos nucleares» (Pedatzur), conlleva la inseguridad de los demás y su probable reacción. La terrorífica tecnología que se está desarrollando en la actualidad como parte de la transformación de las fuerzas armadas de Rumsfeld «se difundirá a ciencia cierta al resto del mundo». En el contexto de la «competencia en la intimidación», el ciclo de acción-reacción crea un «peligro creciente y de potencial incontrolable». Si «el sistema político de Estados Unidos no puede reconocer ese riesgo ni hacer frente a las implicaciones», advierten, «su viabilidad será sumamente cuestionable».¹⁹

Steinbruner y Gallagher expresan su esperanza de que la amenaza que el Gobierno de Estados Unidos supone para su propia población y el mundo se vea contrarrestada por una coalición de naciones amantes de la paz... ¡encabezada por China! Mal van las cosas cuando se expresan semejantes ideas en el corazón del *establishment*. Además, lo que eso dice del estado de la democracia estadounidense —donde los temas rara vez entran en el campo de batalla electoral o el debate público— no resulta menos chocante y amenazador, una ilustración del déficit democrático mencionado en el prefacio. Steinbruner y Gallagher sacan China a colación porque de entre todos los estados nucleares es el que «ha mantenido con diferencia el patrón más contenido de despliegue militar». Es más, China ha dirigido algunas iniciativas de la ONU para conservar el espacio exterior para fines pacíficos, en conflicto con Estados Unidos, que, junto a Israel, ha bloqueado todas las maniobras para impedir una carrera armamentística en el espacio.

La militarización del espacio no tuvo su origen en la Adminis-

tración Bush. El Mando Espacial de Clinton reclamó «el dominio de la dimensión espacial de las operaciones militares para proteger los intereses e inversiones de Estados Unidos», de modo muy similar a como lo hicieron los ejércitos y armadas en épocas anteriores. En consecuencia, Estados Unidos debe desarrollar «armas de ataque con base en el espacio [que permitan] la aplicación de fuerza de precisión desde, hacia y a través del espacio». Esas fuerzas serán necesarias, expresaban tanto los servicios secretos como el Mando Espacial, porque la «globalización de la economía mundial» conducirá a una «brecha económica creciente» y a «un estancamiento económico, una inestabilidad política y una alienación cultural cada vez más profundos», lo que provocará disturbios y violencia entre los «pobres», gran parte de ellos dirigidos contra Estados Unidos. El programa espacial se ubicaba dentro del marco de la doctrina, anunciada por Clinton de manera oficial, de que Estados Unidos tiene derecho a recurrir al «uso unilateral del poder militar» para garantizar «el acceso sin impedimentos a mercados, suministros energéticos y recursos estratégicos clave».²⁰

Los planificadores de Clinton (STRATCOM) aconsejaban, además, que Washington diera una imagen «irracional y vengativa si se atacan sus intereses vitales», sin descartar la amenaza de un primer ataque con armas nucleares contra estados no nucleares. Los dispositivos atómicos son mucho más valiosos que el resto de las armas de destrucción masiva, señalaba el STRATCOM, porque «la destrucción extrema de una explosión nuclear es inmediata, con pocos paliativos que reduzcan su efecto, si es que existe alguno». Por si fuera poco, «las armas nucleares siempre proyectan su sombra sobre cualquier crisis o conflicto», con lo que amplían el alcance del poder convencional. Una vez más, la doctrina estratégica no es nueva. Por ejemplo, el secretario de Defensa de Carter, Harold Brown, pidió al Congreso que financiara la capacidad nuclear estratégica porque con ella «el resto de nuestras fuerzas se convierte en instrumentos significativos de poder militar y político», que deben estar disponibles en todo el Tercer Mundo porque, «ante todo por motivos económicos», existe «una creciente turbulencia desde dentro además de la intervención de la Unión Soviética»: esta última más un pretexto que un motivo, un hecho que en ocasiones se reconocía con franqueza.²¹

Bajo la Administración Bush, las amenazas se han vuelto más serias si cabe. Los planificadores de Bush ampliaron la doctrina de Clinton del control del espacio para fines militares a una «propiedad» del espacio, que «podría significar una actuación inmediata en cualquier parte del mundo». Los altos mandos militares informaron al Congreso en 2005 de que el Pentágono está desarrollando nuevo armamento espacial que permitiría a Estados Unidos lanzar un ataque «con mucha rapidez, con plazos muy breves de planificación y lanzamiento, en cualquier lugar de la faz de la Tierra», explicó el general James Cartwright, director del Mando Estratégico. Esa política somete cualquier lugar del orbe al riesgo de una destrucción instantánea, gracias a una sofisticada vigilancia global y un armamento ofensivo letal en el espacio, algo que por reciprocidad pone en peligro al pueblo de Estados Unidos.²²

La Administración Bush también ha ampliado la opción de primer ataque y ha desdibujado cada vez más la línea que separa las armas convencionales y nucleares, por lo que ha incrementado «el riesgo de que se recurra a la opción nuclear», observa el analista militar William Arkin. Los sistemas de armamento que se hallan en la actualidad bajo desarrollo podrían «alcanzar el blanco con precisión con una carga explosiva convencional minutos después de una orden de lanzamiento válida del mando y control», en conformidad con una doctrina de las fuerzas aéreas que define la superioridad espacial como «ser libres para atacar además de estar libres de ataques». El experto en armamento John Pike comenta que los nuevos programas permiten a Estados Unidos «aplantar a alguien, en cualquier lugar del mundo, en un plazo de treinta minutos, sin necesidad de una base aérea cercana», un beneficio sustancial si se tiene en cuenta la hostilidad regional que provocan los centenares de bases norteamericanas repartidas por todo el planeta para garantizar el dominio global. La estrategia de defensa nacional que Rumsfeld firmó el 1 de marzo de 2005 «nos permite proyectar poder en cualquier parte del mundo desde unas bases de operaciones seguras» y reconoce «la importancia de influir en los acontecimientos antes de que los desafíos se vuelvan más peligrosos y menos manejables», de acuerdo con la doctrina de la guerra preventiva. El general Lance W. Lord, director del Mando Espacial de las Fuerzas Aéreas, informó al Congreso de que los sistemas que en la actualidad se encuentran

bajo desarrollo permitirán a Estados Unidos «alcanzar el blanco con precisión con una carga explosiva convencional minutos después de una orden de lanzamiento válida del mando y control»... y también con una carga explosiva no convencional, ni que decir tiene.²³

No es de extrañar que estas acciones hayan suscitado preocupación, críticas y reacciones. Altos oficiales militares y espaciales de la Unión Europea, Canadá, China y Rusia han advertido de que «tal y como el desencadenamiento de las armas nucleares tuvo consecuencias imprevistas, también las tendría el armamento del espacio». Como se había previsto, Rusia respondió al enorme aumento de la capacidad militar ofensiva de Bush con un drástico incremento de sus propios medios, y ha reaccionado a las filtraciones del Pentágono sobre la militarización del espacio anunciando que se «plantearía el uso de la fuerza para responder si era necesario». La «defensa antimisiles» —que todas las partes reconocen como un arma de primer ataque— es un peligro de especial gravedad para China. Si los programas muestran alguna evidencia de éxito, es probable que China amplíe su arsenal ofensivo para conservar la capacidad disuasoria. Ya está desarrollando misiles más potentes con cabezas nucleares múltiples capaces de alcanzar Estados Unidos, una política calificada de «agresivamente defensiva» por el director de la edición asiático-pacífica del primer semanario militar del mundo. En 2004, Estados Unidos respondía del 95 por ciento de los gastos militares espaciales del mundo, pero otros podrían sumarse si se sintieran obligados, lo que supondría un aumento enorme de los riesgos para todos.²⁴

Los analistas estadounidenses reconocen que los actuales programas del Pentágono «pueden interpretarse como un significativo avance de Estados Unidos hacia un espacio armado [y que] caben pocas dudas de que el emplazamiento de armas en el espacio es un aspecto aceptado de la planificación de la transformación de las Fuerzas Aéreas», acontecimientos que «a largo plazo tienen muchos visos de ejercer un efecto negativo en la seguridad nacional de Estados Unidos». Sus equivalentes chinos están de acuerdo en que, por bien que Washington proclame intenciones defensivas, «para China y muchos otros países la construcción de un sistema como éste se parece más al desarrollo de la Estrella de la Muerte, la base




espacial de la saga *La guerra de las galaxias* [que puede usarse] para atacar satélites militares y civiles y objetivos de cualquier lugar de la Tierra [...] Las armas espaciales se consideran armas de “primer ataque” más que elementos defensivos, porque son vulnerables a las contramedidas. Su despliegue, por tanto, podría interpretarse como una señal de la intención estadounidense de usar la fuerza en los asuntos internacionales». Es posible que China y otros desarrollen armas espaciales de bajo coste como reacción, de modo que la política de Estados Unidos «podría disparar una carrera armamentística en el espacio». Además, «para salvaguardarse de la pérdida potencial de su capacidad disuasoria, China también podría recurrir al incremento de sus fuerzas nucleares, lo que a su vez animaría a la India y luego Pakistán a imitarla». Rusia ya ha «amenazado con responder al despliegue de armas espaciales por parte de cualquier país, un acto que podría minar el ya frágil régimen de no proliferación nuclear».²⁵

Entretanto el Pentágono está reflexionando sobre un inquietante estudio de su más destacado asesor académico sobre las fuerzas armadas chinas, que ha investigado textos militares en chino y entrevistado a sus autores hasta llegar a una conclusión que «ha provocado muchos nervios en Washington: China ve a Estados Unidos como un rival militar». En consecuencia debemos abandonar la idea de que China es «un país intrínsecamente manso» y reconocer que los paranoicos y taimados chinos quizás, estén emprendiendo con discreción la senda del mal.²⁶

El ex planificador de la OTAN Michael McCwire nos recuerda que en 1986, reconociendo la «lógica espantosa» de las armas nucleares, Mijaíl Gorbachov pidió su total eliminación, una propuesta que naufragó contra la militarización de los programas espaciales de Reagan (la «guerra de las galaxias»). La doctrina occidental, escribe, «tenía como premisa explícita la amenaza creíble del “primer uso” de armas nucleares, y esa sigue siendo la política a día de hoy». Rusia se mantuvo fiel a la misma doctrina hasta 1994, cuando invirtió su postura y adoptó una política de renuncia al «primer uso». Sin embargo, Rusia retomó la doctrina de la OTAN y abandonó su llamada a la abolición de las armas nucleares en respuesta a la ampliación de la OTAN que hizo Clinton, en contravención de la «categórica garantía» de Washington a Gorbachov de que





si él «accedía a que una Alemania reunificada permaneciera en la OTAN, la alianza no se ampliaría hacia el Este para absorber a los antiguos miembros del Pacto de Varsovia». A la luz de la historia anterior, por no hablar de las obviedades estratégicas, la violación que hizo Clinton de unos compromisos firmes suponía una grave amenaza de seguridad para Rusia, y «es la antítesis del principio de “exclusión” que subyace al concepto de las zonas libres de armas nucleares (ZLAN)». La violación de las garantías por parte de Clinton explica «por qué la OTAN se resistió a formalizar la ZLAN de facto que abarcaba Europa central desde el Ártico hasta el mar Negro». MccGwire prosigue señalando que esa formalización «fue propuesta por Bielorrusia, Ucrania y Rusia a mediados de la década de 1990, pero habría interferido en los planes de ampliar la OTAN. Un razonamiento inverso explica por qué Washington apoya la formación de una ZLAN en Asia central. En caso de que esas ex repúblicas soviéticas decidieran unirse a Rusia en una alianza militar, una ZLAN negaría a Moscú la opción de desplegar armas nucleares en su territorio».²⁷



«APOCALIPSIS PRONTO»



La probabilidad del «Apocalipsis pronto» no puede calcularse de manera realista, pero es sin duda demasiado alta para que cualquier persona cuerda la contemple con ecuanimidad. Por bien que sea vano especular, la reacción a la «descarnada, terrorífica e ineludible» elección que describieron Einstein y Russell no tiene nada de baladí. Al contrario, urge reaccionar, sobre todo en Estados Unidos, debido al papel primario de Washington en la aceleración de la carrera hacia la destrucción al ampliar su dominio militar sin parangón histórico. «Es posible que estén aumentando las probabilidades de un ataque nuclear accidental, equivocado o desautorizado», advierte el ex senador Sam Nunn, que ha desempeñado un papel de primer orden en los esfuerzos por reducir la amenaza de la guerra nuclear. «Estamos corriendo un riesgo innecesario de provocar un Apocalipsis de nuestra propia cosecha», observa Nunn, a resultas de unas decisiones políticas que hacen que la «supervivencia de Estados Unidos» dependa de «la precisión de los sistemas de aviso de

Rusia y su mando y control». Nunn se refiere a la drástica ampliación de los programas militares estadounidenses, que inclinan el equilibrio estratégico de modos que hacen «más probable que Rusia lance al recibir un aviso de ataque, sin esperar a confirmar que el aviso es acertado». La amenaza aumenta por el hecho de que «el sistema ruso de aviso temprano se encuentra en un estado lamentable y tiene más posibilidades de emitir un falso aviso de aproximación de misiles». La confianza estadounidense en «la postura nuclear de alerta elevada, con el dedo en el gatillo, [...] permite que se lancen misiles en cuestión de minutos», lo que obliga a «nuestros dirigentes a decidir casi en el acto si lanzan armas nucleares en cuanto reciben un aviso de ataque, lo cual les priva del tiempo que podrían necesitar para recopilar datos, intercambiar información, cobrar perspectiva, descubrir un fallo y evitar un error catastrófico». El riesgo va más allá de Rusia, y también de China si sigue el mismo camino. El analista estratégico Bruce Blair observa que «los problemas de aviso temprano y control que aquejan a Pakistán, la India y otros exponentes de proliferación son más acuciantes incluso».²⁸

Otra seria preocupación, debatida en la literatura técnica mucho antes del 11-S, es la posibilidad de que las armas nucleares caigan tarde o temprano en manos de grupos terroristas, que podrían usar esas y otras armas de destrucción masiva con efectos letales. Esas perspectivas las exponen los planificadores de la Administración Bush, que no consideran el terrorismo una prioridad, como demuestran de manera regular. Su agresivo militarismo no sólo ha conducido a Rusia a ampliar de forma significativa su arsenal ofensivo, que incluye armas nucleares y sistemas de lanzamiento más letales, sino que también está induciendo a las Fuerzas Armadas rusas a trasladar constantemente armas nucleares a lo largo y ancho del inmenso territorio del país para contrarrestar la sucesión de amenazas estadounidenses. Sin duda los planificadores de Washington son conscientes de que los rebeldes chechenos, que ya han robado materiales radiactivos de plantas de residuos y centrales nucleares, han estado realizando reconocimientos de «el sistema ferroviario y los trenes especiales diseñados para transportar armas nucleares de un extremo a otro de Rusia».²⁹

Blair advierte de que «este movimiento perpetuo [dentro de Ru-

sia] crea una grave vulnerabilidad, porque el transporte es el talón de Aquiles de la seguridad de las armas nucleares», un factor de riesgo equiparable al mantenimiento de las fuerzas nucleares estratégicas en estado de alerta «con el dedo en el gatillo». Estima que todos los días «muchos centenares de armas nucleares rusas se desplazan por las zonas rurales». El robo de una bomba nuclear «podría augurar el posterior desastre para una ciudad estadounidense, [pero ésa] no es la peor hipótesis que se deriva de esta prestidigitación nuclear». Más ominoso es el hecho de que «la captura de un misil o grupo de misiles nucleares estratégicos de largo alcance listos para dispararse y capaces de verter bombas sobre blancos situados a millares de kilómetros de distancia podría ser apocalíptica para naciones enteras». Otra amenaza de primera magnitud es la posibilidad de que unos piratas informáticos terroristas se infiltren en las redes de comunicación militares y transmitan órdenes de lanzamiento para unos misiles armados con centenares de cabezas nucleares; no es ninguna fantasía, como aprendió el Pentágono hace unos años tras el descubrimiento de graves defectos en sus salvaguardas, que exigieron nuevas instrucciones para el personal de lanzamiento de misiles Trident de sus submarinos. Los sistemas de otros países son mucho menos fiables. Todo ello constituye «un accidente en ciernes», escribe Blair; un accidente que podría resultar apocalíptico.³⁰

Se está obrando una escalada consciente de los peligros de una guerra nuclear mediante la amenaza y el uso de la violencia, lo cual, como se ha predicho desde hace tiempo, también está estimulando el terrorismo yihadista. Ese terrorismo se remonta a los programas de la Administración Reagan para organizar, armar y adiestrar a islamistas radicales: no para la defensa de Afganistán, como se proclamaba, sino por las consabidas y desagradables razones de Estado, con nefastas consecuencias para el atormentado pueblo afgano. La Administración Reagan también toleró con desenfado la deriva de Pakistán hacia el extremismo islamista radical bajo el caudillaje de Mohamed Zia ul-Haq, uno de los muchos dictadores brutales apoyados por los ocupantes de Washington del momento y sus mentores. Reagan y sus asociados también tuvieron el detalle de hacer la vista gorda mientras su aliado paquistaní desarrollaba armas nucleares, acogiéndose cada año al fingimiento de que no era así. Ellos y la Administración Clinton prestaron poca atención

mientras el proliferador más destacado de Pakistán, en la actualidad sometido a un tironcillo de orejas, efectuaba la empresa de contrabando nuclear más extraordinaria del mundo: Abdul Qader Jan, que «hizo más daño en diez años que cualquier país en el primer medio siglo de la era atómica», según James Walsh, director ejecutivo del proyecto *Managing the Atom*, de Harvard.³¹

El militarismo agresivo de Washington no es el único factor que impulsa la carrera hacia el «Apocalipsis pronto», pero desde luego es significativo. Los planes y políticas se ubican en un contexto mucho más amplio, con raíces que se remontan a los años de Clinton y más allá. Todo eso sucede en los márgenes del discurso público, y no entra ni siquiera de manera marginal en las decisiones electorales, otra ilustración del declive de la democracia vigente y su portento.

La única amenaza remotamente comparable al uso de armas nucleares es la seria amenaza de catástrofe medioambiental. En preparación de la cumbre del Grupo de los Ocho de julio de 2005 en Gleneagles, Escocia, los estamentos científicos de todas las acciones del G8, incluida la Academia Nacional de las Ciencias de Estados Unidos, se sumaron a los de China, la India y Brasil para conminar a los dirigentes de los países ricos a que tomaran medidas urgentes para alejar ese desastre potencial. «La comprensión científica del cambio climático es ya lo bastante clara para justificar una acción rápida», afirmaba su declaración: «Es vital que todas las naciones identifiquen medidas de coste justificado que puedan emprender ahora y que contribuyan a una reducción sustancial y a largo plazo de las emisiones globales netas de gases de efecto invernadero.» Un editorial de *The Financial Times* refrendó ese «toque a rebato», a la vez que deploraba el hecho de que «existe, sin embargo, una negativa, y por desgracia se encuentra en la Casa Blanca, donde —a pesar de la declaración sin precedentes de los científicos del G8 en anticipación a la cumbre de Gleneagles del mes que viene— George W. Bush, el presidente de Estados Unidos, insiste en que todavía no sabemos lo suficiente sobre este fenómeno que está cambiando literalmente el mundo». Después Washington «consiguió retirar el lenguaje que llamaba a la acción rápida para controlar el calentamiento global» y eliminar afirmaciones tan incendiarias como que «Nuestro mundo se está calentando» porque «el señor Bush ha dicho que el calenta-

miento global es una cuestión demasiado incierta para justificar nada que no sean medidas voluntarias». El resultado final, comentan los editorialistas de *The Financial Times*, es que se fue poco más allá de la «palabrería piadosa». ³²

El rechazo de la evidencia científica en cuestiones de supervivencia, de acuerdo con el juicio científico de Bush, es una rutina. En la asamblea anual de 2005 de la Asociación Estadounidense para el Avance de la Ciencia (AAAS), «destacados investigadores del clima norteamericanos [...] hicieron públicas “las pruebas más convincentes nunca vistas” de que las actividades humanas son responsables del calentamiento global». El grupo predijo importantes efectos climáticos, entre ellos una acusada reducción de las reservas de agua en regiones que dependen de ríos alimentados por el derretimiento de nieve y glaciares. Otros destacados investigadores de esa misma asamblea expusieron pruebas de que el derretimiento de las capas de hielo del Ártico y Groenlandia está ocasionando cambios en el equilibrio de salinidad del mar que amenazan con «interrumpir la circulación termohalina, que transfiere el calor desde los trópicos hacia las regiones polares por medio de corrientes como la del Golfo». Una posible consecuencia es una significativa reducción de las temperaturas en Europa. Poco después, expertos en el clima informaron de un adicional encogimiento del casquete polar y advirtieron de que, como se había predicho hace tiempo, «las retroacciones en el sistema están empezando a imponerse» a medida que las extensiones ampliadas de agua abierta absorben la energía solar en vez de reflejarla de vuelta al espacio, acelerando en consecuencia la grave amenaza de calentamiento global. La publicación de «las pruebas más convincentes nunca vistas», al igual que las advertencias del G8, recibió escasa atención en Estados Unidos, a pesar de la que se concedió por esas mismas fechas a la puesta en práctica del protocolo de Kioto, que regulaba la emisión de gases de efecto invernadero, en la que el Gobierno más importante se negó a participar. ³³

Es importante destacar lo de «Gobierno». La observación habitual de que Estados Unidos permaneció casi solo en su rechazo a los protocolos de Kioto sólo es correcta si la expresión «Estados Unidos» excluye a su población, firme partidaria de ese pacto. La mayoría de los votantes de Bush no sólo respalda el protocolo, sino

que tiene la errónea creencia de que el presidente también. En general, los votantes de las elecciones de 2004 se engañaban y mucho al respecto de las posiciones de los partidos políticos, no por falta de interés o capacidad mental, sino porque las elecciones están meticulosamente diseñadas para cosechar ese resultado, un tema al que regresaremos.³⁴

IRAK Y LA «GUERRA AL TERROR»

Los planificadores de Estados Unidos y Gran Bretaña eran muy conscientes de que la invasión de Irak probablemente aumentaría el terror y la proliferación de ADM, como muchos analistas y organismos de información advirtieron. El director de la CIA, George Tenet, informó al Congreso en octubre de 2002 de que invadir Irak podía llevar a Saddam Hussein a asistir a «los terroristas islamistas en la conducción de un ataque con ADM contra Estados Unidos». El Consejo Nacional de Inteligencia (NIC) «predijo que una invasión de Irak encabezada por Estados Unidos aumentaría el apoyo al islam político y produciría una sociedad iraquí profundamente dividida y propensa al conflicto interno violento», generadora por tanto de terror dentro de Irak y en todo el mundo. El NIC confirmó esas expectativas en diciembre de 2004, cuando informó de que «Irak y otros posibles conflictos del futuro podrían proporcionar reclutamiento, terrenos de adiestramiento, habilidades técnicas y competencia lingüística a una nueva clase de terroristas que están “profesionalizados” y para los que la violencia política se convierte en un fin en sí misma». El NIC también predijo que, a resultados de la invasión, esta nueva red globalizada de «grupos extremistas islámicos difusos» extendería sus operaciones a otros lugares para defender las tierras musulmanas del ataque de «los invasores infieles», a la vez que Irak reemplazaría a Afganistán como terreno de adiestramiento. Un informe de la CIA de mayo de 2005 confirmó que «Irak se ha convertido en un imán para los militantes islámicos, tal y como lo fueron el Afganistán ocupado por los soviéticos hace dos décadas y Bosnia en los años noventa». La CIA concluía que «Irak puede demostrarse un campo de adiestramiento para extremistas islámicos más eficaz incluso de lo que fue Afganistán en los primeros



tiempos de Al-Qaeda, porque está actuando de laboratorio en el mundo real para el combate urbano». Dos años después de la invasión, una revisión gubernamental de alto nivel de la «guerra al terror» reafirmaba la misma conclusión. Centrándose «en cómo afrontar el surgimiento de una nueva generación de terroristas, formados en Irak en los últimos años», el análisis señalaba: «Los altos funcionarios del Gobierno están dedicando cada vez más su atención a adelantarse a lo que uno calificó de “hemorragia” de centenares de miles de yihadistas adiestrados en Irak que regresen a sus países de origen en todo Oriente Medio y Europa occidental. “Es un nuevo componente de una nueva ecuación —dijo un ex alto cargo de la Administración Bush—. Si no se sabe quiénes son en Irak, ¿cómo van a localizarlos en Estambul o Londres?»»³⁵

Poca duda cabe de que la invasión de Irak tuvo el efecto de «reformar enormemente el atractivo popular de radicales antidemocráticos como los de Al-Qaeda y otros salafíes yihadistas» en todo el mundo musulmán. Una muestra crucial es Indonesia, el estado con la mayor población musulmana del mundo y una fuente probable de terrorismo yihadista. En 2000, un 75 por ciento de los indonesios veía con buenos ojos a los estadounidenses. Esa cifra cayó al 61 por ciento en 2002 y se hundió hasta el 15 por ciento tras la invasión de Irak, con un 80 por ciento, de los indonesios que afirmaba temer un ataque de Estados Unidos. Scott Atran, un especialista en terrorismo e Indonesia, informa de que «esos sentimientos se correlacionan con la disposición de más de un 80 por ciento de los indonesios a que el islam desempeñe un papel creciente en la vida personal y nacional, pero también están asociados con la tolerancia hacia una gama más amplia de correligionarios, entre ellos los militantes radicales, y la disposición a amplificar cualquier desaire contra un dirigente o nación islámicos hasta convertirlo en un ataque percibido contra el mundo musulmán en su conjunto».³⁶

La amenaza no es abstracta. Poco después de las mortíferas bombas en el sistema de transporte público londinense de julio de 2005, el Real Instituto Británico de Asuntos Internacionales (Chatham House) hizo público un estudio que reiteraba las consabidas conclusiones de los servicios secretos y los analistas independientes: «No existe “ninguna duda” de que la invasión de Irak “ha dado un espaldarazo a la red de Al-Qaeda [en cuanto a] propaganda, reclu-



tamiento y financiación”, a la vez que ha aportado una zona de adiestramiento ideal para los terroristas.» El estudio revelaba que «el Reino Unido está especialmente en riesgo porque es el aliado más cercano de Estados Unidos, ha desplegado fuerzas armadas en las campañas militares para derrocar el régimen talibán en Afganistán y el de Irak [...] [y va de] paquete» de la política estadounidense, el pasajero que va montado detrás del conductor de una motocicleta. En su análisis de los atentados de Londres, el servicio de seguridad interior MI5 de Gran Bretaña concluyó que «aunque poseen un abanico de aspiraciones y “causas”, Irak es un tema dominante para una gama de grupos e individuos extremistas en el Reino Unido y Europa», mientras que algunas personas que han viajado a Irak a combatir «tal vez regresen después al Reino Unido y se planteen organizar atentados en el país».³⁷

El Gobierno de Blair negó la evidencia con indignación, aunque pronto quedó reafirmada cuando uno de los sospechosos del posterior atentado fallido, capturado en Roma, «afirmó que la trama del atentado estaba inspirada directamente en la participación británica en la guerra de Irak» y describió «que los sospechosos vieron horas de metraje televisivo que mostraba a viudas y niños iraquíes desolados junto a imágenes de civiles muertos en el conflicto. Supuestamente le dijo a los investigadores que, después de ver las imágenes, “cundía un sentimiento de odio y la convicción de que era necesario dar una señal, hacer algo”».³⁸

Los informes de un gabinete estratégico israelí y los servicios secretos saudíes concluían que «la inmensa mayoría» de los combatientes extranjeros en Irak «no son ex terroristas» sino que «se han radicalizado en la propia guerra», estimulados por la invasión a responder «a los llamamientos a defender a sus correligionarios musulmanes de los “cruzados” e “infieltes”» que están organizando «un ataque a la religión musulmana y la cultura árabe». Un estudio del Centro de Estudios Estratégicos e Internacionales (CSIS) reveló que «un 85 por ciento de los militantes saudíes que acudieron a Irak no eran integrantes de la lista de vigilancia de ningún gobierno, miembros de Al-Qaeda o simpatizantes del terrorismo», sino que se habían «radicalizado casi en exclusiva por la invasión de la Coalición». Desde la invasión, confirma el informe, Irak se ha convertido en uno de los centros globales de reclutamiento y adiestra-

miento de terroristas islamistas extremistas («neosalafíes»); es probable que una elevada proporción regrese a sus países de origen en posesión de habilidades terroristas y visiones del mundo radicalizadas, donde adquirirán «publicidad y credibilidad entre los furiosos y alienados del mundo islámico» y difundirán «el terrorismo y la violencia». Los servicios secretos franceses, que poseen una experiencia única de muchos años, concluyen que «lo que ha hecho la guerra de Irak es radicalizar a esas personas y mentalizar a algunas de ellas para apoyar el terrorismo. Irak es un estupendo banderín de enganche», al aportar una nueva y «enorme zona de yihad para adiestrar a personas para la lucha en sus países de origen», como habían descubierto ya los servicios de información «en Afganistán, en Bosnia, en Kosovo». Funcionarios estadounidenses informan de que Abú Musab al-Zarqawi, el número uno de Al-Qaeda en Irak, «está atrayendo a su redil a cada vez más combatientes iraquíes», desplazando a los combatientes extranjeros, que suponen «menos del 10 por ciento de los insurgentes en Irak», quizá no más del 4 por ciento, opina el CSIS.³⁹

Según el especialista en terrorismo Peter Bergen, el presidente Bush «acierta al decir que Irak es un frente principal en la guerra al terrorismo, pero se trata de un frente que hemos creado nosotros». Como «la guerra de Irak ha incrementado las filas de los terroristas», informa, «2003 presenció la mayor incidencia de atentados terroristas significativos de las últimas dos décadas, cifra que después, en 2004, asombrosamente se triplicó». En respuesta a la búsqueda de Donald Rumsfeld de «un sistema métrico para saber si vamos ganando o perdiendo la guerra contra el terror», Bergen sugiere que «el aumento exponencial de las cifras de terrorismo es un sistema métrico que se antoja relevante».⁴⁰

Los estudios sobre atentados suicidas también revelan que «Irak parece estar desempeñando un papel crucial en la alteración de las opiniones y como zona cero de una nueva ola de atentados suicidas». Entre 1980 y 2003 hubo 315 atentados suicidas en todo el mundo, obra en un principio ante todo de los laicos Tigres del Tami. Desde la invasión estadounidense, las estimaciones de atentados suicidas en Irak (donde antes eran prácticamente desconocidos) se mueven alrededor de cifras de hasta 400. Los especialistas en terrorismo informan de que «las historias sobre el valor y heroísmo

de los hombres bomba de Irak» están generando imitadores entre la juventud musulmana que adopta la doctrina yihadista de que el mundo musulmán está bajo ataque y debe alzarse en su defensa. Los antiguos empleados del Consejo Nacional de Seguridad y especialistas en contraterrorismo Daniel Benjamin y Steven Simon concluyen que Bush ha «creado un nuevo refugio para el terrorismo en Irak que incrementa el potencial de violencia islamista contra Europa y Estados Unidos», una política que es «desastrosa»: «Es posible que nos ataquen terroristas que recibieron su adiestramiento en Irak, o terroristas inspirados, organizados y adiestrados por personas que estuvieron en Irak [...] [Bush] les ha proporcionado un excelente blanco estadounidense en Irak, pero en el proceso ha vigorizado la yihad y ha concedido a los militantes el tipo de experiencia en guerra urbana que elevará exponencialmente la futura amenaza para Estados Unidos.»⁴¹

Robert Pape, que ha realizado los estudios más concienzudos sobre los terroristas suicidas, escribe que «hoy en día Al-Qaeda es menos producto del fundamentalismo islámico que de una sencilla meta estratégica: obligar a Estados Unidos y sus aliados occidentales a retirar las fuerzas de combate de la península Arábiga y otros países musulmanes», como declara repetidamente Osama bin Laden. Los analistas serios han señalado que las palabras y los actos de Bin Laden presentan una estrecha correlación. Los yihadistas organizados por la Administración Reagan y sus aliados pusieron fin a su terrorismo dentro de Rusia basado en Afganistán cuando los rusos se retiraron de ese país, aunque lo prosiguieron desde la Chechenia musulmana ocupada, escenario de horripilantes crímenes rusos que se remontan al siglo XIX. La novela corta *Hadyi Murad* de Tolstói es por desgracia más actual que nunca. Bin Laden se volvió contra Estados Unidos en 1991 porque consideró que estaba ocupando la tierra más sagrada de los árabes (un hecho que el Pentágono citaría más tarde como motivo para desplazar sus bases de Arabia Saudí) y porque Washington bloqueó sus esfuerzos por sumarse al ataque contra el enemigo laico Saddam Hussein. Los yihadistas también se unieron al bando musulmán en las guerras de los Balcanes, con el beneplácito y la asistencia de Estados Unidos, en el preciso instante en que intentaban volar el World Trade Center en 1993. Un analista estratégico y ex funcionario del Gobierno indio

sostiene, además, que los terroristas de Londres recibieron adiestramiento en Bosnia.⁴²

En la investigación especializada más completa sobre la militancia islamista, Fawaz Gerges concluye que, después del 11-S, «la respuesta dominante a Al-Qaeda en el mundo musulmán era muy hostil», en especial entre los yihadistas, que la consideraban un grupo extremista peligroso. En lugar de reconocer que la oposición a Al-Qaeda ofrecía a Washington «el modo más eficaz de clavar un clavo en su ataúd» encontrando «medios inteligentes de alimentar y apoyar las fuerzas internas que se oponían a las ideologías militantes como la red de Bin Laden», la Administración Bush hizo exactamente lo que esperaba Bin Laden: recurrir a la violencia. La invasión de Irak creó un firme apoyo a la fetua dictada por la cairota Al-Azhar, «la institución más antigua de enseñanza superior religiosa en el mundo del islam». La fetua aconsejaba a «todos los musulmanes del mundo que librarán la yihad contra las fuerzas invasoras americanas». El jeque Tantawi de Al-Azhar, «uno de los primeros eruditos musulmanes que condenó a Al-Qaeda [y] a menudo criticado por los clérigos ultraconservadores como reformista prooccidental [...] dictaminó que el empeño de detener la invasión americana constituye un “deber islámico vinculante”». Los logros de los planificadores de la Administración Bush como inspiradores de radicalismo y terror islámico son impresionantes.⁴³

El analista de la CIA responsable de seguir la pista de Bin Laden desde 1996, Michael Scheuer, escribe que «Bin Laden ha sido meritorio al explicar a Estados Unidos los motivos por los que hace la guerra contra nosotros. Ninguno de los motivos tiene que ver con nuestra libertad y nuestra democracia, pero sí todo que ver con las políticas y acciones de Estados Unidos en el mundo musulmán». Scheuer señala que «las fuerzas y políticas estadounidenses están completando la radicalización del mundo islámico, algo que Osama bin Laden lleva intentando con éxito sustancial pero incompleto desde principios de los noventa. Como resultado [...] es justo concluir que los Estados Unidos de América siguen siendo el único aliado indispensable de Bin Laden». De su detallado estudio de Al-Qaeda, Jason Burke extrae una conclusión parecida. «Cada uso de la fuerza es otra pequeña victoria para Bin Laden», escribe, que crea «un nuevo cuadro entero de terroristas» para una «lucha cós-

mica entre el bien y el mal», la visión compartida por Bin Laden y Bush.⁴⁴

El patrón es habitual. Por mencionar otro caso reciente, el asesinato estadounidense-israelí del jeque Ahmed Yassin, reverenciado clérigo tetrapléjico, (junto con media docena de transeúntes inocentes) delante de una mezquita de Gaza en marzo de 2004 condujo al brutal asesinato de cuatro contratistas de seguridad estadounidenses en Faluya como represalia inmediata, lo que a su vez provocó la invasión de marines que mató a centenares de personas y detonó conflagraciones en todo Irak. El fenómeno no tiene misterio. A menos que se aplaste por completo a los enemigos, la violencia tiende a engendrar violencia a modo de respuesta. Una réplica violenta y destructiva al terrorismo ayuda a la «vanguardia terrorista» a movilizar apoyo entre el sector mucho más amplio que rechaza sus métodos pero comparte buena parte de sus motivos de queja y preocupaciones, una dinámica tan familiar para los políticos occidentales de la era posterior a la Segunda Guerra Mundial como lo fue para sus predecesores imperiales.

Prestar atención al mundo conduce a conclusiones que algunos preferirían pasar por alto. Mucho mejor adoptar posturas heroicas sobre «islamofascismo» y denunciar a los «fabricantes de excusas» que pretenden comprender las raíces del terrorismo y actuar para reducir la amenaza, personas que son —en palabras del columnista de *The New York Times* Thomas Friedman— «apenas una pizca menos despreciables que los terroristas y también se merecen que las desenmascaren». La categoría de esos personajes tan despreciables es bastante amplia, ya que incluye a los especialistas más respetados en la materia y a servicios de información estadounidenses y extranjeros. La postura, nada desconocida, es otro regalo a Bin Laden.⁴⁵

La lógica que algunos prefieren desoír no tiene vuelta de hoja y la perfilan incluso las publicaciones serias que tienden a apoyar el nacionalismo agresivo al estilo Bush: si los adversarios «temen el uso desaforado del poder estadounidense, es posible que perciban abrumadores incentivos para blandir armas de terror y destrucción masiva para disuadir a Estados Unidos del uso de sus tácticas ofensivas de autodefensa. En verdad, la historia de los mitos imperiales sugiere que una estrategia general de guerra preventiva tiene mu-

chos números para producir el resultado exacto que Bush y Rice desean evitar».⁴⁶ Eso es especialmente probable cuando la estrategia va acompañada por una radical «transformación de las fuerzas armadas» y por doctrinas que reclaman el primer uso de las armas nucleares y el derecho al «uso unilateral del poder militar», que ha experimentado un acusado incremento desde los tiempos de Clinton.

IRAK Y LA DEMOCRACIA DEL MUNDO LIBRE

Si aspiramos a entender el mundo, es importante que no permitamos que se relegue al olvido el pasado reciente. Estados Unidos y el Reino Unido proclamaron el derecho a invadir Irak porque estaba desarrollando armas de destrucción masiva. Aquélla era la «única cuestión» que justificaba invadir Irak, declaró el presidente en una rueda de prensa de marzo de 2003, una postura recalcada con frecuencia por Blair, Bush y sus asociados. Eliminar la amenaza de las ADM iraquíes también fue la base exclusiva por la que Bush recibió la aprobación del Congreso para recurrir a la fuerza. La respuesta a la «única cuestión» quedó clara poco después de la invasión, como reconoció Washington a regañadientes. Sin perder un instante, el sistema doctrinario pergeñó nuevos pretextos y justificaciones, que enseguida se convirtieron en práctico dogma: la guerra estaba inspirada en las nobles visiones de democracia del presidente Bush, compartidas por su colega británico.⁴⁷

Mucho después del reconocimiento oficial de que los pretextos originales para invadir Irak no tenían fundamento, algunos políticos clave seguían repitiéndolos en las altas esferas. En enero de 2005, el líder de la mayoría del Senado Bill Frist justificó la invasión de Irak con el argumento de que «hay que detener la proliferación de armas peligrosas. Hay que destruir las organizaciones terroristas». Al parecer es irrelevante que los pretextos hayan sido abandonados de manera oficial y que la invasión haya aumentado las amenazas terroristas y acelerado la proliferación de armas peligrosas.⁴⁸

La actuación de Frist seguía un guión anterior. En la revisión más concienzuda del historial de documentos, el analista de seguridad nacional e inteligencia John Prados describe la «trama para con-

vencer a Estados Unidos y el mundo de que la guerra contra Irak era necesaria y urgente» de Bush como «un caso de manual de deshonestidad gubernamental [...] que exigió declaraciones públicas de manifiesta falsedad y una clamorosa manipulación de los datos». Los planificadores sabían que los programas de ADM iraquíes «eran incipientes, agonizantes o inexistentes: exactamente lo contrario que el repetido mensaje del presidente a los norteamericanos». Para efectuar el engaño, «los datos auténticos fueron distorsionados, manipulados y desatendidos de manera sistemática [...] en aras de una empresa particular bajo premisas fraudulentas, una historia con tremendas repercusiones para Estados Unidos en el siglo XXI»... y para el mundo. «Los norteamericanos no sólo se han visto embaucados» por «el juego trilero de George Bush», concluye Prado, «sino también avergonzados [...] A los estadounidenses no les gusta verse como agresores, pero lo sucedido en Irak fue pura agresión».⁴⁹

Las pruebas del engaño siguen acumulándose. En mayo de 2005, una serie de documentos conocidos como los Memorandos de Downing Street fueron filtrados al londinense *The Times*. Uno de ellos revelaba que, dos semanas antes del lanzamiento de la guerra, el fiscal general lord Goldsmith, principal asesor jurídico de Blair, dictaminó que «el cambio de régimen no puede ser el objetivo de una acción militar». Aunque Gran Bretaña se limitara a la meta anunciada de acabar con los programas de ADM, escribió, «es competencia del Consejo [de Seguridad de la ONU] estimar si se han producido las mencionadas vulneraciones de esas obligaciones», y no de estados individuales. A continuación, lord Goldsmith añadía que Estados Unidos tenía «una opinión más bien distinta: sostiene que el hecho del incumplimiento o no de Irak es una cuestión de hecho objetivo que en consecuencia pueden estimar los estados miembro individuales, [pero] me consta que ningún otro estado comparte esa opinión». No le hacía falta añadir que la expresión «estados miembro individuales» se refería en exclusiva a Washington. El contenido básico de la educada formulación de lord Goldsmith era que Gran Bretaña debería al menos realizar algún conato de reconocer el derecho internacional, a diferencia de Estados Unidos, que es un estado canalla que prescinde de semejantes formalidades. La reacción a los memorandos filtrados en los dos

países resulta significativa: las revelaciones provocaron un escándalo de considerables proporciones en Inglaterra, pero recibieron poca atención en Estados Unidos.⁵⁰

Poco después de que se dieran a conocer los comentarios de lord Goldsmith, el *Sunday Times* de Londres publicó el memorando oficial de una reunión secreta entre Blair y sus asesores de más alto nivel celebrada en julio de 2002. El documento mostraba que la Administración Bush ya había decidido atacar Irak mucho antes de que se «embaucara» al Congreso para que autorizara el uso de la fuerza en octubre de 2002 y también antes de que se diera a escoger a la ONU entre refrendar el plan de Washington de recurrir a la violencia o volverse «irrelevante». El experto británico en Oriente Medio Toby Dodge observó que «los documentos demuestran [...] que la justificación de las armas de destrucción masiva se basaba en informaciones endebles y se utilizó para inflar las pruebas hasta el extremo de la mendacidad». Una vez más, en Inglaterra se produjeron considerables reacciones a esas noticias, pero en Estados Unidos la historia no interesaría a nadie, observó la prensa. Semanas más tarde, cuando las presiones populares condujeron a que el asunto saliera a la luz, gran parte de los comentarios se desplazaron hacia el tenor contrario de acuerdo con un patrón familiar: ¿a qué viene tanta histeria de los teóricos de la conspiración sobre lo que siempre hemos sabido y le hemos contado al público sin pelos en la lengua?⁵¹

En su memorando a Blair, lord Goldsmith también recomendaba que, dada la manifiesta ilegalidad del «cambio de régimen» por medio de la invasión, sería «necesario crear las condiciones en las que podríamos apoyar de manera legal la acción militar». Con la intención de provocar a Irak para que emprendiera alguna acción susceptible de presentarse como *casus belli*, Londres y Washington renovaron su bombardeo de blancos iraquíes en mayo de 2002, con una acusada intensificación en septiembre de 2002. En los nueve meses que condujeron al inicio oficial de la guerra en marzo de 2003, aviones ingleses y estadounidenses realizaron más de 22.000 misiones y alcanzaron 391 «objetivos cuidadosamente seleccionados», señaló el teniente general Michael Moseley, oficial al mando de las operaciones conjuntas. Esas misiones, explicó, «sentaron las bases» de la conquista militar al eliminar la necesidad de un bom-

bardeo prolongado de las posiciones iraquíes. Irak protestó con vehemencia ante la ONU por los bombardeos, pero no reaccionó como Washington y Londres habían esperado. Ante la imposibilidad de sacarse de la manga un *casus belli*, los dos países invadieron Irak de todas formas, haciendo bandera de la «única cuestión».⁵²

La incursión bélica más importante antes de la guerra contra Irak se produjo al parecer el 5 de septiembre de 2002, cuando aviones estadounidenses y británicos «arrasaron la base aérea de Saddam, llamada H-3, en el desierto occidental de Irak», informa el periodista británico Ed Harriman. «La incursión ha destruido las comunicaciones militares y defensas antiaéreas, además de los aviones iraquíes», observa, por lo que había allanado el camino para la invasión planificada. Dos días después, Tony Blair llegaba a Washington para verse con Bush. En su rueda de prensa conjunta, el primer ministro británico describió «la retahíla de intentos iraquíes de ocultar sus armas de destrucción masiva, sin decir la verdad al respecto en un periodo no ya de meses sino de años». Blair, aunque recomendaba con insinceridad al conductor de la moto que siguiera la ruta diplomática, sabía perfectamente que la guerra ya estaba en marcha. Los dos dirigentes se aseguraron en todo momento de que la violencia estatal quedara al abrigo del escrutinio del Parlamento, el Congreso y la opinión pública de ambos países.⁵³

El plan de desarrollar «picos de actividad» contra Irak para intentar improvisar un pretexto de invasión —descrito en un memorando del 23 de julio de 2002 del asesor de política exterior Matthew Rycroft para el embajador británico en Estados Unidos, David Manning— fue la revelación más importante de los Memorandos de Downing Street. Se trata de una táctica venerable. Los especialistas en guerra psicológica de la Administración Eisenhower aconsejaban que Estados Unidos «estimulara de manera encubierta actos y actitudes de [desafío] que no llegaran a la rebelión de masas, destinados a [...] provocar una intervención soviética manifiesta tanto en la RDA [Alemania del Este] como en el resto de los satélites», consejo que fue aceptado en secreto por el Gobierno estadounidense después de que los tanques soviéticos aplastaran las protestas masivas de los trabajadores en Berlín Oriental. Otro ejemplo de esta táctica son los ataques de Israel al Líbano a principios de 1982, con los que pretendía provocar una respuesta de la Organización para la Li-

beración de Palestina (OLP) que pudiera usar como pretexto para la invasión que tenía planeada. Aunque no logró suscitar un pretexto creíble, en junio de 1982 Israel lanzó la invasión, con el fin de bloquear los esfuerzos diplomáticos de la OLP y asegurar el control israelí sobre Cisjordania, a la vez que imponía un régimen cliente en el Líbano. En otro ejemplo más, los guerrilleros respaldados por la CIA del Ejército Kosovar de Liberación atacaron blancos civiles en el Kosovo a principios de 1999 y anunciaron sin tapujos que esperaban que la violencia provocara una dura respuesta serbia que pudiera usarse a continuación para suscitar apoyo popular occidental a un ataque contra ese país. Es posible que las actuales acciones militares estadounidenses a lo largo de las fronteras de Siria estén asimismo ideadas para provocar algún pretexto para atacar al único estado árabe que en la actualidad contraviene las órdenes de Washington.⁵⁴

EL ESCALAFÓN DE PRIORIDADES: EL TERROR Y LOS INTERESES REALES

El cometido convencional de los gestores de doctrina es proteger al poder y a quienes lo ejercen del escrutinio y, más importante aún, alejar el análisis de la planificación racional que éstos realizan en pos de los intereses reales a los que sirven. El debate debe desviarse en cambio hacia las nobles intenciones y la defensa propia, tal vez imperfectas: en el caso de Irak, la liberación del infortunado pueblo de Irak y la defensa de Estados Unidos contra el terror. Es necesario, en consecuencia, proteger la doctrina de que se habría seleccionado Irak para la invasión aunque los recursos energéticos del mundo hubieran resultado encontrarse en África central. Como si semejante tarea fuera poco, les esperaban otras, entre ellas ocultar el papel occidental en el triste sino del Irak previo a la guerra y las consecuencias de la invasión estadounidense y británica tanto en Irak como en el resto del mundo, que son desoladoras.

Hay más problemas. Para empezar, aunque se preveía que la invasión probablemente aumentaría la amenaza del terrorismo y la proliferación nuclear, quizá lo haya hecho de maneras imprevistas. Es habitual decir que las afirmaciones sobre las ADM de Irak se

fueron al garete con rapidez cuando, tras una búsqueda exhaustiva, no se encontró rastro alguno de ellas. Eso no es del todo exacto, sin embargo. Había almacenes de equipo para desarrollar ADM en Irak después de la invasión: los construidos en los años ochenta gracias a la ayuda proporcionada por Estados Unidos y Gran Bretaña, entre otros, ayuda que prosiguió mucho después de las peores atrocidades de Saddam y el final de la guerra contra Irán. Esa ayuda incluía medios para desarrollar misiles y armas nucleares, además de cepas virulentas de ántrax y otras biotoxinas, esto último en aparente violación de la Convención sobre Armas Biológicas y Tóxicas (BTWC), una grave infracción del derecho internacional. La amenaza que suponían esas instalaciones se había expuesto como uno de los motivos para invadir Irak.⁵⁵

Los inspectores de la ONU habían asegurado esos enclaves, pero los invasores se desentendieron de ellos y los dejaron sin vigilancia. La consecuencia inmediata fue el saqueo sofisticado y masivo de esas instalaciones. Los inspectores de la ONU siguieron haciendo su trabajo, confiando en las imágenes obtenidas por satélite. Para junio de 2005 habían descubierto 109 enclaves que habían sido saqueados. La mayor parte del botín procedía de instalaciones de producción de misiles de combustible sólido y líquido, de las que habían sustraído cerca de un 85 por ciento del equipo, junto con biotoxinas y otros materiales utilizables para armas químicas y biológicas y equipo de alta precisión capaz de fabricar componentes de armas y misiles nucleares y químicos. Funcionarios a cargo de la frontera jordano-iraquí después de que las fuerzas estadounidenses y británicas tomaran el control informaron a un periodista jordano de que se habían detectado materiales radiactivos en uno de cada ocho camiones que cruzaban a Jordania, con destino desconocido.⁵⁶

Estas cosas pasan, como diría Rumsfeld.

Las ironías son casi inexpresables. La justificación oficial de la invasión era impedir el uso de unas ADM que no existían. La invasión proporcionó a los terroristas que habían sido movilizados por Estados Unidos y sus aliados los medios para desarrollar ADM, o sea, el equipo que Estados Unidos y otros habían proporcionado a Saddam Hussein sin parar mientes a los crímenes atroces que más tarde esgrimirían con el fin de reunir apoyo a una invasión para derrocarlo. Es como si Irán estuviera fabricando en ese momento

armas nucleares con materiales fisibles proporcionados por Estados Unidos en tiempos del sa... algo que en verdad podría estar sucediendo, como señala Graham Allison.⁵⁷

Sin embargo, los civiles del Pentágono al mando sí se aseguraron de que se protegieran otras instalaciones determinadas: los ministerios de petróleo y seguridad. En todo el resto del país, el saqueo y la destrucción, entre ellos los de tesoros insustituibles de la civilización, campaban a sus anchas. Dos años después de la invasión, el presidente del Instituto Estadounidense de Investigación Académica en Irak, Macguire Gibson, confirmaba por desgracia que «Irak está perdiendo su cultura y su riqueza». A esas alturas, más de la mitad de los yacimientos arqueológicos de la nación, incluida la mayor parte de los sumerios más importantes, habían sido destruidos. «Los estadounidenses no están haciendo nada», añadió Gibson, aunque reconoció que existía un poco de ayuda de los contingentes italiano y holandés. Las pérdidas de esos yacimientos eclipsaban incluso el pillaje masivo del Museo Nacional al poco de la llegada de las tropas norteamericanas, en el que desaparecieron, probablemente para siempre, al menos 15.000 de las 20.000 piezas saqueadas. Rumsfeld, Wolfowitz y compañía quizá se las hayan ingeniado incluso para ocasionar «daños irreversibles» a los yacimientos petrolíferos de Irak. Para mantener la invasión, los yacimientos «se están llevando a bombear más de lo que deberían», lo que podría conducir a una «caída permanente de la producción». Recuérdense las confiadas predicciones de que la liberación, acogida con flores, se financiaría sola gracias al gran aumento de la producción petrolífera.⁵⁸

La invasión de Irak quizá sea el ejemplo más flagrante de la baja prioridad que los planificadores de Washington asignan a la amenaza del terror, pero existen muchos más. Un caso ilustrativo son las nuevas sanciones impuestas a Siria por Washington bajo la Syria Accountability Act («ley de Responsabilidad de Siria»), aprobada casi por unanimidad en el Congreso y convertida en ley por la firma del presidente Bush a finales de 2003. Siria consta en la lista oficial de estados patrocinadores del terrorismo, a pesar de que Washington ha reconocido que Damasco lleva muchos años sin estar implicada en actos de ese tipo. La auténtica naturaleza de la preocupación de Washington por los lazos sirios con el terrorismo quedó

de manifiesto con la oferta del presidente Clinton de borrar a Siria de la lista de estados patrocinadores del terror si Damasco se avenía a los términos de paz estadounidense-israelíes. Cuando Siria insistió en recuperar el territorio arrebatado por Israel, el Departamento de Estado de Clinton dejó el país en la lista del terrorismo. Aun así, Siria ha ofrecido un elevado grado de colaboración al proporcionar importante información a Washington sobre Al-Qaeda y otros grupos islamistas radicales. La entrada en vigor de la Syria Accountability Act privó a Estados Unidos de una importante fuente de información sobre el terrorismo islamista radical. Obtener esa información, sin embargo, es un objetivo a todas luces subordinado al de establecer un régimen sirio que acepte las exigencias de Estados Unidos e Israel. De haberse eliminado a Siria de la lista de estados valedores del terror, habría sido el primer caso desde 1982, cuando la Administración Reagan borró a Saddam para poder proporcionarle ayuda sustancial, acompañada por Gran Bretaña y muchos otros. Eso nos dice algo, una vez más, sobre la actitud hacia el terror y los crímenes de Estado.⁵⁹

Una exigencia fundamental de la Syria Accountability Act hace referencia a la Resolución 520 del Consejo de Seguridad de la ONU, que pide respeto para la soberanía y la integridad territorial del Líbano. Siria ha quebrantado sin duda la resolución de la ONU al mantener sus fuerzas en ese país: fuerzas que Estados Unidos e Israel habían aceptado de buena gana en 1976, cuando su cometido era masacrar palestinos, y de nuevo en 1990, cuando los norteamericanos estaban construyendo una coalición en apoyo a la inminente guerra en Irak. Aquello pasó en silencio, y el Congreso y los medios también se olvidaron de señalar que la resolución original del Consejo de Seguridad, aprobada en 1982, iba dirigida contra Israel, el único país cuyo nombre se citaba en el texto. No se reclamaron sanciones contra Israel, ni una reducción de la enorme ayuda militar y económica incondicional que recibe, en los veintidós años que los israelíes vulneraron esta y otras resoluciones del Consejo de Seguridad relativas al Líbano. El principio está muy claro, escribe el experto en Oriente Medio Stephen Zunes: «La soberanía libanesa debe defenderse sólo cuando el ejército de ocupación es de un país al que se oponga Estados Unidos, pero es prescindible si se trata de un aliado de Estados Unidos.» Otra ilustración del rasero único,

que no se limita a los políticos estadounidenses, por supuesto. Un comentario de pasada: por un margen de 2 a 1, la población de Estados Unidos está a favor de una ley de Responsabilidad de Israel, que pida cuentas a ese país por el desarrollo de ADM y los abusos contra los derechos humanos cometidos en los territorios ocupados. Eso concuerda con otros sondeos de opinión pública, poco comentados pero de palmaria importancia dentro de una sociedad democrática.⁶⁰

Fuera de Oriente Medio existen también numerosas ilustraciones de la baja prioridad asignada a la «guerra al terror». Una es la actitud de la Administración Bush hacia la Comisión del 11-S del Congreso establecida con el fin de recomendar medios para evitar nuevas atrocidades terroristas. «En sus varios meses de vida —informó Philip Shenon— la Comisión del 11-S tuvo repetidos encontronazos con la Administración Bush, que se había opuesto en un principio a su creación, sobre todo en lo relativo al acceso del organismo a importantes documentos de la Casa Blanca y a testigos.» Un año después de que se presentara su informe final, miembros de la comisión de ambos partidos formaron un Proyecto de Discurso Público del 11-S con el fin de presionar al Gobierno para que pusiera en práctica sus recomendaciones de prevención de atentados terroristas. Esas recomendaciones fueron en gran medida desatendidas. Especialmente preocupante, según Thomas Kean, que presidió la Comisión del 11-S oficial, fue la inexistencia de cualquier esfuerzo serio por asegurar el material nuclear, elemento fundamental de un programa para evitar el terrorismo nuclear que los analistas consideran de otro modo inevitable. El informe del proyecto, hecho público cuatro años después del 11-S, «revelaba que la Administración Bush y el Congreso habían realizado progresos “mínimos” o “insatisfactorios”» en ocho de las catorce recomendaciones de la Comisión del 11-S «para poner a punto el Gobierno en la lucha contra las amenazas terroristas».⁶¹

Poco después de los atentados contra los trenes y autobuses londinenses de julio de 2005, el Senado de Estados Unidos aprobó un drástico recorte de la financiación para la seguridad ferroviaria y del transporte público. La Comisión del 11-S había reclamado una estrategia nacional de seguridad en el transporte, pero eso había quedado «entre el 50 por ciento de las recomendaciones específicas

de la Comisión del 11-S hace un año sobre el que el Congreso y Bush todavía tienen que actuar», escribió el columnista de *The Boston Globe* Thomas Oliphant, parte de «las nefastas alianzas entre industria y Gobierno para evitar tomar medidas de protección contra un terrorismo de potencial catastrófico que no es difícil de imaginar». Las rebajas fiscales a los ricos ocupan un lugar mucho más elevado como prioridad que proteger del terror a la población. Un ejemplo más ominoso si cabe de la negligencia en materias de seguridad, prosigue Oliphant, es el éxito de la industria química y sus «contactos en la Casa Blanca para bloquear la rígida normativa que exigía mejoras de seguridad en unas cien plantas [químicas] de todo el país». Los esfuerzos del Congreso «no han hallado más que obstáculos de la industria y la Administración en su empeño por imponer un criterio sensato que salvaguarde de unos desastres que en comparación podrían hacer palidecer el 11-S». El senador Joseph Biden «citó un estudio del Laboratorio de Investigación Naval que estimaba que hasta unas 100.000 personas de una zona densamente poblada podrían morir en espacio de treinta minutos si se perforara un solo camión cisterna de cloro de noventa toneladas», informó Oliphant, para después llegar a la conclusión de que «la connivencia entre la Administración Bush y sus amiguetes empresarios» había bloqueado cualquier acción. La Administración está intentando incluso revocar una sentencia que refrendaba una prohibición local a los «cargamentos de los productos químicos más peligrosos procedentes de ciertas zonas que rodean la capital de la nación». Todo eso ilustra lo baja que es la prioridad de la prevención del terrorismo comparada con el bienestar de las empresas.⁶²

Por escoger una evidencia de otro ámbito, la Oficina de Control de Activos Extranjeros del Departamento del Tesoro (OFAC) está a cargo de investigar las transferencias financieras sospechosas, un componente esencial de la «guerra al terror». En abril de 2004, la OFAC informó al Congreso de que, de sus ciento veinte empleados, cuatro seguían el rastro de las finanzas de Osama bin Laden y Saddam Hussein, mientras que casi dos docenas velaban por el cumplimiento del embargo ilegal contra Cuba. De 1990 a 2003, la OFAC realizó noventa y tres investigaciones relacionadas con el terrorismo que condujeron a 9.000 dólares en multas, y 11.000 investigaciones relacionadas con Cuba con un resultado de ocho millo-

nes de dólares en sanciones. Las revelaciones fueron acogidas con un clamoroso silencio en Estados Unidos, aunque en la prensa nacional apareció una mención a que «en un momento en el que Estados Unidos afronta amenazas terroristas muy reales en Oriente Medio y otros lugares, la absurda y cada vez más estrambótica obsesión del Gobierno con Cuba es algo más que una vergüenza, es un peligroso alejamiento de la realidad» (el senador Max Baucus, deplorando la «malversación del dinero de los contribuyentes» para castigar a Cuba).⁶³

Las verdaderas prioridades de la Administración Bush quedan ejemplificadas una vez más en su gestión de la filtración del nombre de la agente de la CIA Valerie Plame después de que su marido, Joseph Wilson, hiciera público un nada bienvenido informe en el que socavaba las afirmaciones de la Administración sobre las supuestas adquisiciones iraquíes de «torta amarilla» de Níger para su programa de ADM. Agentes de la CIA retirados informaron al Congreso de que la capacidad de recopilación de datos de Estados Unidos se había visto perjudicada no sólo por la filtración, sino más aún por los esfuerzos por tajarla de la Administración, que ocasionaban «un daño irreparable [a] la credibilidad de nuestros funcionarios de reconocimiento cuando intentan convencer a un contacto extranjero de que su seguridad es de la máxima importancia para nosotros», dijo Jim Marcinkowski, ex agente de reconocimiento de la CIA. «Cada vez que la máquina política compuesta por patriotas de horario de máxima audiencia y tontainas partidistas hace gala de su ignorancia al ridiculizar a Valerie Plame como mera oficinista, menospreciar los diversos grados de cobertura que se utilizan para proteger a nuestros funcionarios o perseverar en jugar a la política partidista con nuestra seguridad nacional, hace un flaco favor a este país», añadió, pues perjudica los esfuerzos por evitar atentados terroristas.⁶⁴

Como ilustra el ejemplo, proteger nuestro país también es una prioridad muy inferior al mantenimiento de un férreo control vertical, como en las tiránicas estructuras empresariales. El equipo Cheney-Rumsfeld, para el que Bush actúa de testaferrero, ha demostrado en repetidas ocasiones que está obsesionado con la autoridad y la disciplina. La camarilla gobernante parece haberse enfurecido con la competencia de la CIA y su poca disposición a proporcionar

la «información» que precisaba para poner en práctica sus planes, en especial en Irak. Un estudio basado en exhaustivas entrevistas con funcionarios y ex funcionarios de alto rango de los servicios secretos describe al anodino Porter Goss como «bola de demolición», quien fue nombrado director de la CIA para someter a la agencia a los dictados del Ejecutivo, con independencia de los hechos. La calificación primaria de Goss era al parecer su lealtad inquebrantable a Bush. Se dice que docenas de altos cargos han abandonado la CIA por indignación, y han dejado a la desmoralizada agencia muy mermada de competencia, en especial en lo relativo a Oriente Medio. Esta peculiar mezcla de arrogancia suprema, absoluta incompetencia y pasión por la obediencia ha tenido consecuencias catastróficas y muy posiblemente ha sentado las bases de un porvenir mucho peor.⁶⁵

Bush y compañía están dispuestos incluso a sacrificar la «guerra al terror» en aras de su obsesión con la tortura. Con miras a secuestrar a un sospechoso de terrorismo en Italia y mandarlo a Egipto para su probable tortura, la Administración Bush desbarató una investigación de importancia sobre el papel del sospechoso en «el intento de construir una red de reclutamiento terrorista» y «construir una red de reclutamiento yihadista con tentáculos que se extendían por toda Europa». Los tribunales italianos acusaron a trece agentes de la CIA, y los ciudadanos de ese país están furiosos. Otras naciones europeas tienen quejas parecidas sobre operaciones antiterroristas minadas por la Administración Bush. La única condena a una persona vinculada con el 11-S, Munir el-Motassadeq, fue anulada porque funcionarios de la Administración Bush se negaron a proporcionar pruebas cruciales a los instructores alemanes. De modo parecido, la Administración Bush «se ha negado a permitir que las autoridades españolas interroguen a Ramzi bin al-Shibh, un sospechoso crucial de Al-Qaeda, para reforzar sus argumentos contra dos hombres a los que se está juzgando en Madrid por ayudar a planificar el atentado de 2001» en el 11-S.⁶⁶

Aunque el apoyo de sus aliados es indispensable en la «guerra al terror», Washington «provocó tensiones con sus aliados» una vez más, según informó *The Wall Street Journal*, cuando un tribunal español dictó órdenes internacionales de arresto y extradición para los soldados estadounidenses acusados de matar a un periodista es-

pañol en Irak, junto con un cámara ucraniano. El tribunal español actuó «después de que las autoridades estadounidenses desoyeran dos solicitudes de permiso para interrogar a los soldados, según fuentes judiciales». El Pentágono no hizo comentarios.⁶⁷

El secuestro y entrega a Egipto de la CIA suscitó comentarios en la prensa sobre la «diferencia cultural» entre Estados Unidos y Europa en la «guerra al terror», adoptando la desdeñosa referencia de Robert Kagan a que los europeos eran «de Venus» mientras que «los americanos somos de Marte». Los blandos europeos creen en nociones anticuadas como la justicia penal y el derecho. Los duros estadounidenses se dejan de zarandajas y hacen el trabajo, como en las películas de vaqueros. Como sabían los comentaristas, aunque lo evitaran con maña, es cierto que los duros estadounidenses prestan poca atención a la justicia penal y el derecho cuando tratan con terroristas. Prefieren conceder indultos presidenciales a destacados terroristas saltándose las firmes objeciones del Departamento de Justicia, que los quiere deportados por argumentos de seguridad nacional (Orlando Bosch), enviarlos a actividades terroristas más extremas (Luis Posada Carriles), protegerlos de repetidas solicitudes de extradición que se pasan por alto como si tal cosa (el asesino de masas haitiano Emmanuel Constant) o desestimar sus cargos en los tribunales (Posada), por mencionar tan sólo un puñado de representantes del «terrorismo respetable».⁶⁸

Existe, a buen seguro, otra categoría concebible: los terroristas estadounidenses, una posibilidad excluida por decreto doctrinal. La importancia del terrorismo de Estado en la cultura occidental queda ilustrada por el nombramiento de John Negroponte para el nuevo cargo de director de Inteligencia, a cargo del contraterrorismo. En la Administración Reagan-Bush, fue embajador en Honduras, donde dirigió el destacamento más grande de la CIA en el mundo, no por el espectacular papel de Honduras en los asuntos mundiales, sino porque era la base estadounidense primaria para la guerra terrorista internacional por la que el Tribunal Internacional de Justicia y el Consejo de Seguridad de la ONU (ausente el veto de Estados Unidos) condenaron a Washington. No hubo prácticamente ninguna reacción al nombramiento de un destacado terrorista internacional para el cargo de contraterrorismo con mayor responsabilidad del mundo. Por no mencionar que, en ese preciso instante, se le negaba un visado para

enseñar en la Escuela de Teología de Harvard a Dora María Téllez, la heroína de la lucha popular que derrocó el sanguinario régimen de Somoza en Nicaragua. Se la consideró terrorista porque había ayudado a derrocar a un tirano y asesino de masas respaldado por Estados Unidos.⁶⁹

Orwell no hubiera sabido si reír o llorar.

Llegado 2005, Michael Lind proclamaba con grandilocuencia: «El debate sobre la legitimidad del terrorismo se ha acabado.» El final formal del debate fue la declaración en marzo del secretario general de la ONU, Kofi Annan, de que «cualquier acción constituye terrorismo si su intención es causar muerte o graves lesiones a civiles o no combatientes con el fin de intimidar a una población u obligar a un gobierno u organización internacional a realizar un acto o abstenerse de hacerlo». Con esa declaración, concluía Lind, «el terrorismo contra civiles, lo cometan estados o grupos sin estado, debería ser tratado sin ambigüedades por todos los países del mundo como un crimen de guerra». Por suerte, los comentaristas occidentales se ven a salvo de esa conclusión inequívoca, gracias a nuestra autoexención del más elemental de los principios morales, el de la universalidad.⁷⁰

La disposición de los altos cargos a arriesgarse a un aumento del terrorismo, con posibles consecuencias sobrecogedoras, no indica por supuesto que deseen ese resultado. Evitar los atentados terroristas, sencillamente, no es una prioridad en comparación con los objetivos geopolíticos y estratégicos serios: de manera específica, controlar los principales recursos energéticos del mundo, que desde la década de 1940 se reconocen como «una fuente sensacional de poder estratégico» y «uno de los mayores trofeos materiales de la historia mundial». Los británicos lo comprendieron bien en sus días de gloria. En los albores de la era del petróleo, en 1921, el primer lord del Almirantazgo informó a los tecnólogos del ramo de que «si nos aseguramos las reservas de petróleo disponibles en el mundo en la actualidad, podemos hacer lo que queramos». Estados Unidos entendió esa lógica y tomó medidas para expulsar a los británicos de Venezuela, que para 1928 se había convertido en el primer exportador de crudo del mundo, y poner al mando a empresas norteamericanas. Para conseguir esa meta, Washington «ofreció apoyo activo al régimen sanguinario y venal de Juan Vicente Gómez», a cuyo

Gobierno presionó para prohibir las concesiones británicas (a la vez que seguía exigiendo —y asegurando— derechos petrolíferos estadounidenses en Oriente Medio, donde británicos y franceses llevaban la delantera).⁷¹

Poco después de la invasión de Irak, uno de los principales planificadores y analistas más astutos, Zbigniew Brzezinski, señaló que el control estadounidense sobre los productores de petróleo de Oriente Medio «ofrece influencia indirecta pero políticamente crítica sobre las economías que también dependen de las exportaciones energéticas de la región». Reiteraba las conclusiones de destacados planificadores posteriores a la Segunda Guerra Mundial, George Kennan en este caso, quien reconoció que el control de los recursos de la región del Golfo proporcionaría a Estados Unidos «poder de veto» sobre sus rivales industriales. Se trata de un cálculo racional, sobre la premisa de que la supervivencia humana no es de particular importancia comparada con el poder y la riqueza a corto plazo. Y no es nada nuevo. Son temas que hallan eco a lo largo de la historia. La única diferencia es que en la actualidad lo que hay en juego es muchísimo más.⁷²


Si Estados Unidos puede mantener su control sobre Irak —que posee las segundas mayores reservas petrolíferas que se conocen y está situado en el corazón de las mayores reservas energéticas del mundo— mejorará significativamente el «poder estratégico» y la «influencia crítica» de Washington sobre sus principales rivales en el mundo tripolar que ha estado cobrando forma durante los últimos treinta años (con la Norteamérica dominada por Estados Unidos en un polo y Europa y el noreste asiático, que está vinculado a las economías del sur y el sureste de Asia, como los otros dos). Esas inquietudes siempre han sido esenciales para la planificación posterior a la Segunda Guerra Mundial, ahora considerablemente más que antes, ya que están surgiendo alianzas sustanciales para contrarrestar el dominio estadounidense, aceleradas, como se predijo, por el militarismo agresivo de Bush.⁷³

Abundan los ejemplos de miopía en interés del poder y los beneficios. Por cambiar de ámbito, en abril de 2005 el Congreso aprobó la Política Energética de 2005, que, en caso de aplicarse, permitirá la perforación en la Reserva Natural Nacional del Ártico (ANWR), con lo que se agotarían las reservas nacionales y se au-

mentaría la dependencia a largo plazo de las importaciones de petróleo. Haciéndose eco de la retórica de Washington que probablemente redactaron de buen principio sus cabilderos, la industria celebró la decisión del Congreso como un paso para «Crear puestos de trabajo y reducir la dependencia del petróleo extranjero». En realidad, se aumenta la dependencia a largo plazo, y «puestos de trabajo» es el familiar término técnico que se emplea para evitar la vulgar palabrota «beneficios». Vaciar los almacenes de crudo de la Reserva Estratégica de Petróleo se antojaría un modo más razonable de agotar las reservas nacionales: a diferencia de las perforaciones en la ANWR, no tendría efectos perjudiciales sobre el medio ambiente y las poblaciones indígenas. Sin embargo, eso no produciría beneficios industriales, y jamás se podría vender el plan al público en esos términos.⁷⁴

El proyecto de ley fue aprobado poco después de que ExxonMobil hiciera público su informe «The Outlook for Energy: A 2030 View», en el que predecía que la producción petrolífera mundial no perteneciente a la OPEP tocaría techo en 2010. Previamente, la corporación había adoptado una postura conservadora sobre las especulaciones de techos petrolíferos. Mirando hacia delante, el informe descartaba alternativas como las arenas petrolíferas canadienses como inviables, y era incapaz de prever ninguna alternativa a un gigantesco aumento de la producción de la OPEP, ante todo en Oriente Medio. Si las predicciones son exactas, agotar las reservas petrolíferas nacionales conlleva una dependencia del crudo de Oriente Medio mayor incluso de lo que se preveía, y de ahí a más intervención militar, instigación del terror y socavación continuada de las iniciativas hacia la democracia y la soberanía que Estados Unidos lleva décadas bloqueando y seguirá bloqueando en el futuro.⁷⁵

La producción petrolífera de Oriente Medio significa ante todo Arabia Saudí y (potencialmente) Irak, este último de especial valor como trofeo no sólo por sus enormes recursos, sino por ser el último lugar de la Tierra con inmensas reservas intactas que, además, son muy baratas de extraer, por lo que prometen un filón para las corporaciones energéticas que gozarán de acceso privilegiado: ante todo estadounidenses y británicas, si la invasión logra imponer un dominio efectivo de Washington. El tema crucial que ha marcado todo el periodo posterior a la Segunda Guerra Mundial, sin embar-



go, ha sido el control, más que el acceso o los beneficios. Es de esperar que esa preocupación por la «influencia crítica» en los asuntos del mundo siga siendo cierta en el futuro predecible.

Entre las propiedades más características de los estados fallidos figura el que no protegen a sus ciudadanos de la violencia —y tal vez incluso la destrucción— o que quienes toman las decisiones otorgan a esas inquietudes una prioridad inferior a la del poder y la riqueza a corto plazo de los sectores dominantes del Estado. Otra característica de los estados fallidos es que son «estados forajidos», cuyas cúpulas se desentienden con desdén del derecho y los tratados internacionales. Puede que esos instrumentos sean vinculantes para los demás, pero no para el estado forajido. En el próximo capítulo estudiaremos este principio de la autoexención de las leyes de la guerra y otras normas internacionales.

